

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Las fronteras sociales de la identidad. El impacto de las transformaciones recientes en el agro pampeano sobre la construcción del “nosotros” social.

Luciana Manildo.

Cita:

Luciana Manildo (2009). *Las fronteras sociales de la identidad. El impacto de las transformaciones recientes en el agro pampeano sobre la construcción del “nosotros” social. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/457>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Las fronteras sociales de la identidad.

El impacto de las transformaciones recientes en el agro pampeano sobre la construcción del “nosotros” social.

Luciana Manildo

IIGG-UBA/ANPCyT

lmanildo@hotmail.com

Introducción

La consolidación, en las últimas décadas, del nuevo modelo socioproductivo agrario tuvo efectos especialmente adversos sobre la producción familiar¹, cuya presencia caracterizó históricamente los procesos de desarrollo agrario en el país. En la región pampeana y particularmente en el sur santafesino, donde focaliza nuestra investigación, la figura del *chacarero*² refirió, a lo largo de un siglo, no solo a ciertos rasgos y relaciones de producción sino también al proceso histórico que los

¹ Cabal expresión de su impacto es la desaparición de cerca de la cuarta parte de las explotaciones familiares en la región pampeana en el período intercensal 1988-2002, que no solo involucró a las explotaciones de menor tamaño sino a franjas relativamente consolidadas. El proceso de expulsión encuentra su “hito” de partida en situaciones de endeudamiento asociadas al intento de adaptación a los requisitos de capitalización y escala planteados por el nuevo modelo. La imposibilidad de hacer frente a las deudas tomadas con bancos y cooperativas locales, produjo la liquidación de las unidades para saldarlas, y derivó en una significativa concentración de la tierra y en la heterogeneización de la producción familiar.

² Asociada a la producción familiar capitalizada, sus rasgos principales articulan el trabajo familiar, cierta capacidad de acumulación, el acceso a la propiedad de la tierra y la conexión con los mercados (de productos, insumos y crédito).

constituyó, en el que se despliegan trayectorias inmigratorias, luchas sociales y relación con las políticas de distintos regímenes políticos. Esta historia había delineado un “nosotros” social que daba cuenta de una trayectoria colectiva signada por una serie de *momentos significativos*: todos nuestros interlocutores eran tercera o cuarta generación de productores en la región, hijos o nietos de colonos que habían accedido a la propiedad de la tierra hacia mediados del siglo XX –en muchos casos mediante políticas estatales orientadas a ello-. Así, esta categoría remitía no sólo a un sujeto social sino también a un sujeto político, y ambas dimensiones son puestas en cuestión por un modelo que profundiza heterogeneidades y tensiona mecanismos de identificación mutua, integración y participación.

Para reflexionar sobre el estallido del “nosotros” social recuperamos la noción de *fronteras de identificación*, entendidas como categorías -dinámicas, móviles y en permanente renegociación- de adscripción de personas o grupos, que pueden desdibujarse o volver a trazarse, pero que no pueden desaparecer, pues son constitutivas de la vida social (Grimson, 2004). Indagando en lo que el “nosotros” incluye o excluye, podemos leer la reconfiguración de una trama en la que resulta tan sustantivo aquello que cohesiona internamente al colectivo como su relación con lo que excluye.

Por lo tanto, partimos de que estos procesos involucran la búsqueda de reanclajes identitarios entre sujetos que comparten espacio geográfico, historia y marcos culturales, pero describen derroteros significativamente heterogéneos a partir de situaciones de partida similares, en el marco de una experiencia que implicó la desorganización del mundo cotidiano al extremo de hacerlo *ilegible*. Lo que fue puesto en cuestión no es sino la relación sedimentada entre *herencia* y *experiencia*; entre *habitus* y prácticas. La afirmación “*yo soy productor*”, recurrente en las entrevistas para dar cuenta de la estrechez de los cursos de acción posibles durante la situación crítica de los años ‘90, era en simultáneo un relato identitario –que refería a un “yo” tanto como a un “nosotros”-, un marco que orientaba la acción y la dotaba de sentido. La objetivación de ese relato, su referente material, era la tierra. Una tierra *heredada*, además.

El desanclaje de la tierra

Junto con la propiedad de la tierra se habían transmitido de generación en generación una serie de saberes que *mediaban entre el hombre y el mundo*, que dotaban a los sujetos de marcos para percibirlo,

autopercibirse y *apropiárselo*. Esa mediación no es sino el habitus como anticipación de *los posibles*, como “*suerte de hipótesis prácticas fundadas en la experiencia pasada*” (Bourdieu, [1980] 2007: 89). Esta capacidad de anticipación del habitus produce un mundo cotidiano signado por rutinas que naturalizan sus condiciones de producción, e invisibiliza el supuesto fundamental del que depende su eficacia: el ajuste entre las condiciones sociales en las que el habitus se produjo y las condiciones en las que este opera. Los procesos de cambio social, mucho más cuando son vertiginosos, producen desajustes entre condiciones objetivas y experiencia subjetiva, disociando la *exterioridad incorporada por los sujetos a través del habitus*, respecto de la *exterioridad objetiva*. Concretamente, las prácticas que el individuo despliega ya no resultan acordes al contexto en el que lo hace.

El campo había constituido durante generaciones la objetivación del esfuerzo de los predecesores; un patrimonio que “se recibe de y se entrega a un pariente (...), no es sencillamente un espacio productivo; constituye también un lugar de construcción simbólica colectivo o individual. Se trata de un patrimonio económico, social y afectivo esencial pues cristaliza la pertenencia a un linaje” (Gras y Hernández, 2007: 2). La consolidación del nuevo modelo puso en cuestión la relación fundamental entre sujeto y tierra, desarticulando la centralidad de esta última como sustrato identitario, en los diversos niveles que involucraba. De una parte, su carácter de herencia condensaba la trayectoria de los predecesores y por ende el mandato de su preservación. En segundo término, un corpus de saberes prácticos tendientes a la perpetuación de esa herencia -el *savoir faire* del productor aprendido junto al padre en el campo- inscribía, con la mediación del trabajo, a los sujetos en la biografía familiar en sentido amplio, y en la dinámica familiar en un sentido más estrecho, referido a la díada producción / reproducción. El imperativo implícito en esa inscripción era la apropiación del sujeto por la tierra que lo hereda y lo conminaba a “convertirse en quien es” (Bourdieu, 1985). Este mandato inducía a afirmarse en un ser a través del hacer específico asociado a él -“ser productor”- interiorizado y exteriorizado como deber ser³. Esta identificación, por último, a la par que les permitía reconocerse a sí mismos, les permitía reconocerse como miembros de una comunidad, de un “nosotros” social. Así, la relevancia subjetiva de la tierra como herencia y como soporte identitario se visibiliza en los relatos sobre las ventas que resultaron del endeudamiento crítico de los años ’90. Estos relatos refieren a trayectorias regidas por cursos de acción percibidos y presentados por los actores como los únicos posibles -“no quedaba otra”; “hicimos lo que había que hacer”-; y mediante los cuales se expresan patrones de comportamiento

³ En las voces de nuestros interlocutores: “*tenés que hacer lo que sabés hacer*” (Entrevista, 2005); “*el campo es lo único que sé hacer*” (Entrevista, 2004); “*uno lo lleva en la sangre, y no lo va a dejar nunca*” (Entrevista, 2005); “*El productor es eso, es el campo*” (Entrevista, 2005)

culturalmente constituidos que habían organizado hasta entonces su vida cotidiana con enorme eficacia⁴.

Las nuevas condiciones estructurantes resultan incompatibles con la tierra como anclaje identitario; ella debía ser progresivamente *solo* mercancía –capital económico-, y despojarse de otros sentidos. Junto a este requisito, se impone el de otros saberes no transmitidos por los predecesores, y que no refieren al hacer práctico en el campo, sino saberes profesionalizados tendientes a la gestión de una *empresa*⁵.

Este cambio de *reglas de juego* -que fue, además, vertiginoso-, expuso a los sujetos a la contradicción entre su reservorio de experiencia y el devenir objetivo del mundo en el que intervenían. A través de ella, podemos leer un proceso de cambio social que fue percibido y visibilizado en el orden de lo individual. La comprensión temprana de ese cambio de reglas, permitió a algunos actores situarse activamente en las nuevas circunstancias, ser *sujeto* en la toma de decisiones. Concretamente, iniciar un proceso de reconversión –identitaria, de capitales- sobre bases diferentes, permitió ampliar el registro de los posibles. La condición de posibilidad fue, precisamente, comprender y actuar el desanclaje de la tierra. Su traducción empírica: la venta *temprana* de la propiedad que permitió resguardar al menos parte del capital-herencia, aunque, en muchos casos, ya no bajo la forma de la tierra heredada.

Por el contrario, la imposibilidad de toda lectura de (desde) la contradicción, expuso a otros a sus consecuencias más extremas: la pérdida no solo de la propiedad de la tierra -herencia y capital económico- sino la pérdida de todo el patrimonio familiar. La identificación entre *campo* y *biografía* que situaba a la tierra heredada como *patrimonio intangible*, aquello que no podía ser puesto en juego - sencillamente porque si no había tierra que objetivara la condición de ser, se *dejaba de ser*- restringió

⁴ Citamos algunos de ellos: “*Es muy duro tener que vender después de tanto sacrificio, después de tantos años, después de tanta lucha (...) Nosotros antes estábamos en un campo que estaban mi papá, mis abuelos, mis tíos, era un campo grande y eso se vendió*” (Entrevista, 2004)

“*Yo pasaba muchas noches, muchas noches sin dormir, perder el campo donde yo nací, donde fue el trabajo de dos generaciones*” (Entrevista, 2004)

“*Y la desesperación de perder lo que había heredado. Y un dolor enorme, no sé cómo explicarlo. Calculá, la herencia a mi papá de mi abuelo, de mi papá hacia mí. Quedarme sin nada*” (Entrevista, 2005).

“*Por eso el dolor que uno tiene que no perdió lo de uno, perdió lo de los viejos...y lo perdió laburando...yo te puedo asegurar que lo perdí laburando, y laburando mucho*” (Entrevista, 2005)

⁵ Señala al respecto un informante calificado que “*En otra época el campo era un negocio que permitía a la familia crecer, desarrollarse, era un poco un medio de vida. Hoy yo creo que es una empresa donde todo está relacionado con todo. O sea entonces empieza a ser una cuestión más empresarial y el que no lo tome como una cuestión empresarial y bueno, no va a subsistir. El que no maneje el campo como una empresa se funde*” (Entrevista a técnico de cooperativa, 2003)

significativamente los cursos de acción posible, acelerando el proceso que derivaría en aquello que se pretendía, a cualquier costo, evitar. Precisamente, la venta de la tierra.

A partir de allí es posible comprender el proceso de *heterogeneización* de trayectorias que se profundiza en la última década y media, dando respuesta al interrogante sobre la formación de una “fracción de productores familiares viables a los efectos de una agricultura globalizada, aún conservando algunos de los rasgos que caracterizaban a sus antepasados” mientras que otros no pudieron tener continuidad en el nuevo escenario (Cloquell et al, 2007: 16). Desde nuestra perspectiva, la posibilidad de continuidad –en un esquema que, por sus propios requisitos no tenía capacidad de integrar a todos los actores preexistentes, y cuyo carácter expulsivo se refuerza por la aparición de nuevos actores- resulta de la articulación entre un *distanciamiento reflexivo del habitus* y la selectividad de la tradición (Williams, 2000). Esta última, mediante la actualización de elementos de un pasado que-ya-no-es, adecuándolos a las configuraciones emergentes, permite establecer un sentido de continuidad en las nuevas circunstancias, constituir lo-que-será, simbólicamente, como un “seguir siendo”.

La contracara del *distanciamiento del habitus* –su imposibilidad- es la producción de *habitus desgarrados*. La salida de la producción y la pérdida de la propiedad familiar, en este sentido, “*es ver hundirse, de improviso, el sentido mismo de toda una existencia, retrospectivamente llevada al absurdo de una elección inicial inconsecuente*” (Bourdieu, 1999: 329). “Me fundí trabajando”, expresión registrada una y otra vez en los relatos, da cuenta cabal de ese desgarramiento. La ilegibilidad que asumen los procesos y su connotación como fracaso personal, también⁶. Esta dificultad para inscribir los sucesos en alguna grilla que los hiciera inteligibles a los sujetos, va acompañado en casi todos los relatos por una autoincriminación; se alude así a la inexperiencia que tuvieron para “manejar la crisis”. La alusión a la “inexperiencia” resulta paradójica en sujetos cuyas familias por varias generaciones estuvieron ligadas a la actividad agropecuaria. Violencia simbólica que no se expresa sino en la contracara del discurso técnico “oficial” que naturalizaba la radicalidad de los cambios de una época, instalando la idea de “ganadores” y “perdedores” y atribuyendo exclusivamente a la “capacidad” individual de los sujetos los resultados de tal “juego”.

⁶ La ilegibilidad se traduce, de manera recurrente, en frases entrecortadas e inconclusas, largos silencios, “vacíos” en los relatos: “Y del '90 en adelante se... no sé qué paso, no, no... medio como inexplicable ¿no? Quedamos fuera... y aparte tuve la mala suerte de tener varios contratiempos de... con el clima, vio, que agarramos inundaciones en el norte, sequía... sequías acá que no es una zona... normal que haya sequía..... sin embargo vinieron dos o tres años de sequía... y... ya metido un poco en los bancos, no hubo más forma de salir... compré... primero saqué un crédito para comprar vacas... y después saqué un crédito para comprar una cosechadora... y ya se hicieron varios (...) Sí, se trató de hacer... pero no, no, no... aparte, qué se yo, pensamos que la cosa siempre iba a cambiar, iba a cambiar y bueno, las vendo, arreglo... resulta que no alcancé a pagar todo” (Entrevista, 2005).

Las imágenes dramáticas con las que se intenta ilustrar esta experiencia desde la perspectiva del desgarramiento, son elocuentes respecto del sentido que adquirió para estos sujetos⁷. Son, también, el velo detrás del cual se oculta que esa *caída* no es exclusivamente la de los individuos sino la de un modo de vida y un modo de producción, en la que uno y otro eran mutua condición de posibilidad.

Fronteras identitarias y espacio social: la redefinición del ‘nosotros’ y del “territorio chacarero”.

Los soportes identitarios a los que hemos referido no solo permitían a los sujetos reconocerse *a sí mismos* sino que simultáneamente hacían posible el reconocimiento *mutuo*. Su desanclaje jaqueó, por tanto, los mecanismos de transmisión de la historia familiar y comunitaria que reforzaban la pertenencia al colectivo. A partir de allí tiene lugar un proceso de transformación identitaria -así como de las prácticas en torno de las cuales se estructuraba y reproducía- en el cual se redefinen patrones de pertenencia y legitimidad social. La venta de la tierra heredada rompió la fusión entre campo y nombre⁸, y por ello, implicó para nuestros entrevistados la pérdida de la legitimidad y del lugar social detentado hasta entonces.

En este sentido, nos resulta especialmente sugerente la hipótesis explorada por Albadalejo en un reciente trabajo acerca del *fin del territorio chacarero*⁹, organizado en torno al pueblo, y el *estallido de la identidad chacarera*, como parte y efecto de las transformaciones recientes. El sentimiento de identidad común puesto en cuestión, tenía *traducciones prácticas* en el mundo local que organizaban sistemas de clasificación, pertenencia, legitimidad social. La reorganización del espacio en torno a otras lógicas –el del productor profesionalizado- no elude, sin embargo, al pueblo como lugar

⁷ Algunas de estas imágenes, recabadas durante las entrevistas: “*nos cortaron los brazos*”; “*me quitó la vida*”; “*cuando me quise dar cuenta, me había caído y no entendía cómo*”; “*acá hubo muertos y heridos*” (Entrevistas, 2004-2006).

⁸ La *fusión entre campo y nombre* se expresó discursivamente en la recurrente eliminación del nexo que denota propiedad. Tanto es así que, entre los habitantes del pueblo, los campos siguen siendo nombrados por el apellido de los dueños originales. Aún es frecuente que no se aluda al **campo de Pérez**, sino directamente al **campo Pérez**, incluso aunque Pérez no sea ya el titular de ese predio. Además, es casi autoevidente que, en la mayoría de los casos, el Pérez al que se hace referencia es a quien compró y no a quien la vendió, su descendiente.

⁹ Leemos el trabajo de Albadalejo partiendo de la definición de *territorio* propuesta por Manzanal, de modo que lo entendemos como indicador de especificidades que *localizan* las vivencias y los problemas propios de cada una de las comunidades; el ámbito de procesos económicos, sociales, culturales, étnicos. En tal sentido, lo asimilamos a las relaciones entre espacio social y espacio físico que, con base en los trabajos de Pierre Bourdieu, retomamos aquí. Sobre la noción de territorio ver Manzanal, M. (2007), Territorio, poder e instituciones. Una perspectiva crítica sobre la producción del territorio, en Manzanal, M., Arzeno, M. y Nussbaumer, B. *Territorios en construcción. Actores, tramas y gobiernos entre la cooperación y el conflicto*. Buenos Aires, Ediciones CICCUS.

significativo para la creación y adaptación de cambios en la actividad agropecuaria (Albadalejo, 2009; Bidaseca y Gras, 2008). De este modo, los procesos de desanclaje y reanclaje espacial superponen diversos “territorios” –en tanto *tramas de relaciones que atienden a la lógica espacial y a la dinámica social*- y diversas “fronteras”. Ambos se desenvuelven sobre el espacio –físico y social¹⁰- local como *campo* de disputas, y tensionan los vínculos entre fronteras identitarias, espacio social y espacio geográfico.

Así, los procesos de reforma estructural redefinieron, también, las características del espacio social pueblerino y, del mismo modo, la distribución de las posiciones de los actores, de recursos materiales y simbólicos escasos, la percepción de lo legítimo, y de lo positiva o negativamente connotado por el colectivo. Cabe destacar que parte significativa de los créditos que resultaron en el endeudamiento ruinoso que obligó a la liquidación de las unidades productivas fueron tomados con la Cooperativa local. De este modo, la condición de descendientes de los fundadores directos o indirectos de las instituciones, no impidió que aquellas se les volvieran ajenas y resultó insuficiente a la hora de negociar con ellas, lo que requirió una serie de destrezas que no *venían incluidas* en la herencia simbólica. En el mismo sentido, la toma y renegociación de créditos en las sucursales locales del Banco Nación o de la provincia de Santa Fe, implicaron interacciones con sujetos que fuera de ese espacio institucional que sometía tales interacciones a reglas no fijadas por sus participantes, mantenían vínculos de vecinazgo, e interactuaban en otros espacios en los que se desenvolvía la sociabilidad local –el bar o el club, el mercado o la plaza-. Este extrañamiento del mundo cotidiano resulta, para los sujetos, en que el pueblo o las instituciones fundadas por sus predecesores “*se transforma en un desconocido, a punto tal que ya no se siente en su casa*” (Bourdieu, 1999: 340), pues ya no puede reconocerse a sí mismo en ellos.

De este modo, se fragmenta y redefine aquel ‘nosotros’ que refería al mundo *chacarero*. El ‘nosotros’ incluirá en lo sucesivo a quienes han podido readaptarse a las nuevas exigencias. En este caso, el distanciamiento reflexivo del habitus como posibilidad de reconvertir capitales y de recuperar soportes para la acción, dentro –pero forzándolos, y por lo tanto, redefiniéndolos- de los límites de lo tolerado y lo permitido, han sido las bases para la refundación de un ‘nosotros’ más reducido: el de los que pudieron sobreponerse a la crisis, y por lo tanto se perciben como síntesis entre su condición de depositarios legítimos de la *tradición* y su capacidad de adaptación activa a las nuevas

¹⁰ El **espacio social** es un *sistema de posiciones sociales* que se definen las unas en relación con las otras. Es una representación abstracta, un punto de vista sobre el conjunto de puntos a partir de los cuales los agentes dirigen sus miradas hacia el mundo social. Bourdieu, P. (1998) “*La distinción: criterios y bases sociales del gusto*”, Madrid, Taurus.

circunstancias: aquellos que pudieron conservar toda o parte su propiedad, que pudieron realizar negociaciones provechosas con las instituciones acreedoras, y los que –operaciones de reconversión de capitales exitosas mediante- se reinsertan en actividades vinculadas al mundo rural, fundamentalmente como contratistas, lo que les permite seguir manteniendo su pertenencia al colectivo, o incluso reforzarla.

La alteridad aquí se define en términos de carencia, esta vez vuelta sobre aquellos miembros del propio grupo que fueron incapaces de realizar exitosamente esta serie de operaciones: aquellos que –desprovistos de recursos que les permitieran intervenir activamente en la reversión de su proceso de endeudamiento y la liquidación de su propiedad- han perdido todo vínculo con la producción agropecuaria, y se reinsertaron laboralmente en actividades percibidas como degradadas, en términos de status social.

Previsiblemente, existen significativas diferencias en los niveles de cohesión interna entre unos y otros. El primero de los grupos mantiene lazos estrechos de pertenencia, que se expresan en una activa sociabilidad cuyo escenario es, precisamente, el pueblo. Por el contrario, los miembros del otro –solo pensables como grupo como categoría analítica- no sólo se han visto excluidos del colectivo sino que prácticamente no tiene conexiones entre sí, salvo las propias de la vida en un pueblo pequeño. Los circuitos de sociabilidad de estos últimos se replegaron sobre el núcleo familiar y sobre el ámbito doméstico. Su corolario es la retirada de los espacios de pertenencia y sociabilidad locales vinculados institucional –fundamentalmente, la cooperativa- o extrainstitucionalmente –el bar, el club- a la actividad agropecuaria. Algunos entrevistados sostienen directamente que dejaron de ser invitados a los encuentros, fueran formales o informales, otros refieren a este fenómeno traduciéndolo en autoexclusión. La sensación de desconcierto y de decepción ante el descubrimiento de que haber vendido la tierra no solo significó *quedar fuera* de la producción agropecuaria, sino también de su propio mundo cotidiano, de su *lugar en el pueblo*¹¹. Del mismo modo, la salida de la producción implicó la ruptura de vínculos de parentesco y de lazos de amistad o vecinazgo que habían sido soporte por generaciones de la sociabilidad local. Y con ella, la

¹¹ Esta pérdida es señalada en las entrevistas: “*Yo esperaba que me invitaran a la reunión anual, pero no me llamaron más*” (Entrevista, 2005)

“*Desde que pagué, no fui más... nunca más [a la cooperativa]. Tampoco me invitaron nunca a las cenas, ni nada (...)* Ellos no me invitaron pero yo tampoco fui más, viste... a la oficina a charlar con los muchachos, viste” (Entrevista, 2005)

“*no es que alguien te va a decir que no vayas más al bar, pero ellos se reúnen a hablar del campo, y yo... ¿a qué iba a ir? A amargarme?*” (Entrevista, 2006)

de una trama en la que el “nombre” (o la condición de “hijo/nieto de”) podía operar incluso como garantía de contratos, muchas veces celebrados de palabra.

Una consecuencia importante de esta ausencia de interacciones y de *lugares compartidos* entre quienes siguen siendo productores respecto de quienes ya no lo son, es la yuxtaposición en el espacio físico de sujetos que ya “no tienen redes sociales superponibles, y que se transforman en **vecinos ajenos**” (Albadalejo, 2009: 64). Es imposible desconocer el carácter estigmatizante de estos vínculos —o, antes bien, esta ausencia de vínculos. El prejuicio, la sanción social por ‘no haber podido’, la estigmatización y la marginación social, constituyen el sayo del ‘perdedor’ con que son investidos, y finalmente autoinvestidos, los miembros del segundo grupo por parte del primero.

Los marcos interpretativos que subyacen limitan la posibilidad de inscribir en marcos más amplios las conductas individuales, o aún incorporar elementos tan ajenos a la voluntad personal como, por ejemplo, los factores climáticos que afectaron la producción en la región durante la década pasada. El silencio institucional durante el período crítico y con posterioridad a él es de suma importancia para comprender la estrechez de tales marcos, que suele traducirse en discursos locales *culpabilizadores*, o acusatorios (*‘lo mató al padre por el disgusto...’*; *‘se manejó mal’*; *‘lo perdieron los vicios’*), en la comunidad que se erige en juez.

La sociodinámica de la estigmatización, como señala Elías (1996: 88), consiste en “*la capacidad de un grupo de colocarle a otro la marca de inferioridad humana y de lograr que este no se la pudiera arrancar, / como / función de una figuración específica que conforman los dos grupos conjuntamente.*” El estigma ostensible en los discursos y las prácticas de los ‘ganadores’ respecto de los que ‘han quedado fuera’, se reifica en los estigmatizados, en la medida en que las imágenes de sí son construidas siempre en relación con la mirada *normativa* de un otro significativo¹².

¹² La certeza de saberse “juzgados” por la comunidad puede rastrearse en las citas que siguen: “Sí, yo vendí y pagué... bah, me acompañaron como a un perro malo, viste hasta donde... donde cobré... tipo delincuente, viste (...) ¡Uff!, sabés qué... porque si vos hiciste un mal negocio, te equivocaste en un negocio, bueno, es culpa tuya... ‘me equivoqué, hice un mal negocio (y) perdí como en la guerra’... pero esto te viene comiendo despacito, comiendo despacito, comiendo despacito, comiendo...” (Entrevista, 2005)

“No sé si me cargo de culpas yo solo, pero veo que mucha gente te entra a tratar medio distinto, por que vos sos un tipo fundido, sos un marcado (...) sí de todo lo que se dijo, de lo incapaz, de lo inútil, de lo que habrá hecho con la plata” (Entrevista, 2005)

“ese es otro de los problemas que te quiero comentar...cuando vos empezás a tener problemas, parece increíble que parece que todo el mundo se ponga de acuerdo, y te digo porque veo cerca mío a otro muchacho que le ha pasado exactamente lo mismo...(...) la gente empieza a tener como un temor porque se corre la bolilla de que vos no andás

Pese a ello, puede sostenerse que aquel ‘nosotros’ chacarero cuya identidad grupal e individual se estructuraba en torno a su condición de descendientes de los fundadores del pueblo y sus instituciones, con un vínculo arraigado a la tierra y al colectivo, pervive de manera refractaria en relación con un otro relativamente abstracto: los compradores de las unidades productivas liquidadas. Esta identidad puesta en cuestión, ante la aparición de un otro percibido como ‘extranjero’ –aunque en muy pocos casos efectivamente lo es–, se reaglutina, se revalida y se refuerza. La imagen del otro extranjero es construida en virtud de una serie de características definidas, nuevamente, como carencias: la condición de recién llegados –y por lo tanto, no fundadores, advenedizos–, su falta de apego a la tierra, su desconocimiento de los saberes específicos para la producción, su incapacidad para el trabajo esforzado.

Pero en los pliegues de la relación entre fronteras, espacios e identidades puede aún rastrearse otra arista de la dinámica del desanclaje/reanclaje identitario: las entrevistas más recientes¹³ dan cuenta de que la generación de vínculos con los recién llegados comenzó a transformar esa imagen abstracta y totalizadora del extranjero. Cierta “familiaridad” reciente, fundada en relaciones de vecinazgo o proximidad con ellos, va construyendo vínculos de confianza que empiezan a traducirse en negocios compartidos, sociedades o “arreglos” con diferente grado de formalidad jurídica (es decir, en algunos casos estos vínculos se expresan a través de contratos, en otros mediante acuerdos de palabra, aunque estos últimos tienden a ser cada vez menos frecuentes). Así, estos vínculos socavan progresivamente el rol de la “historia compartida” como clivaje fundamental para el reconocimiento mutuo. Distanciándose de la imagen casi fantasmática del ‘extranjero’ que llegaba a apropiarse de aquello que desconoce y que no puede pertenecerle legítimamente, constituyen otro reanclaje del sistema de pertenencias e identificaciones sobre el cual se traza la *nueva* frontera. Pero, aún en transición, no reemplaza del todo sino que se *superpone* con los fragmentos, desdibujados pero presentes, de las preexistentes.

bién, y no se por qué, si la cosecha es de ellos, es de ellos y no se la va a sacar nadie, por más que yo te trabaje”
(Entrevista, 2005).

¹³ Nuestro trabajo de campo tuvo una primera fase entre el año 2004-2005, durante la que intentamos establecer una “cartografía social” los procesos de salida en el pueblo donde focalizamos nuestra investigación. En esa primera etapa entrevistamos a 15 productores y ex-productores, e identificamos otros 15 de los cuales la mitad fue contactada y rechazó la entrevista y la otra mitad fue inubicable, aunque no hay referencia de que hayan migrado del pueblo. Por último, identificamos al menos 7 productores fallecidos en el lapso inmediato posterior a la pérdida de la propiedad familiar. Asimismo los relatos refirieron, como rumor o tabú, a los suicidios de productores asociados a la pérdida de la tierra. En tanto no existen registros oficiales al respecto, no pudimos contrastar los relatos con datos empíricos. En las etapas posteriores de trabajo, reentrevistamos a algunos de esos productores y exproductores, a sus familias y a otros miembros de la comunidad en reiteradas oportunidades. La última etapa de trabajo de campo se completó en octubre de 2008.

Bibliografía

- Albadalejo, C. (2009) Algarrobo o el fin del territorio chacarero, en Rodríguez Bilella y Tapella, *Transformaciones globales y territorios. Desarrollo rural en Argentina. Experiencias y aprendizajes*, La Colmena, Buenos Aires.
- Bourdieu, P. (1985) *¿Qué significa hablar?* Akal, Madrid.
 - (1999) *La miseria del mundo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
 - (2007) *El sentido práctico*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Cloquell, S. (Coordinadora) (2007); *Familias rurales. El fin de una historia en el inicio de una nueva agricultura*, Homo Sapiens, Rosario.
- Elías, N. (1998) “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados”, en *La civilización de los padres*, Norma, Bogotá.
- Giddens, A. (1993) *Consecuencias de la Modernidad*, Alianza, Madrid.
- Gras, C. (2006), “Identidades en transición. Acerca de los cambios en la agricultura familiar pampeana”, en Actas de las IV Jornadas de Antropología social. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Gras, C. y Bidaseca, K. (2008) "Los noventa y después: criterios de pertenencia, exclusión y diferenciación social en tres pueblos del corredor sojero". Ponencia presentada a las VI Jornadas de Sociología de la UNGS, Buenos Aires, octubre 2008.
- Gras, C. y Hernández, V. (2007) “Agricultura globalizada, institucionalidad y subjetividades: La tierra como objeto cristalizador de conflictos”. Ponencia presentada al XXVIII Congreso Internacional de la Latin American Association (LASA), Montreal.
- Grimson, Alejandro (2004) "Las culturas son más híbridas que las identificaciones". (Conferencia). University of California at Santa Cruz.
- Williams, R. (2000) *Marxismo y Literatura*, Península, Madrid.